





Realidad Nacional

El Papa Juan Pablo II y el conflicto sociopolítico en América Latina

Por Raymundo Calderón Morán.
Docente de la Escuela de Ciencias Sociales,
Universidad de El Salvador.

Resumen

El presente trabajo constituye una reflexión acerca del papel de KAROL WOJTYLA en su calidad de Sumo Pontífice de la Iglesia Católica. Se analiza su pasado en Polonia, su tierra natal, pero sólo para clarificar su aversión hacia los regímenes totalitarios (nazismo y comunismo staliniano). Asimismo, se pasa revista al conflicto que sostuvo con los teólogos de la liberación, con especial énfasis en América Latina, y la desconfianza que demostró por la forma en que Monseñor Romero condujo a la Iglesia Salvadoreña. Pero, por otra parte, también se señala su posición frente al capitalismo global, el cual tildó de "SALVAJE" y materialista, así como su postura frente al conflicto de Irak, el cual desaprobó.

Introducción

El 16 de octubre de 1978, KAROL WOJTYLA fue elegido PAPA tras el breve pontificado de Juan Pablo I. Al escoger los mismos nombres de su antecesor, se convirtió en el Papa Juan Pablo II, de origen polaco.

El ascenso de un cardenal tipificado como conservador generó reacciones encontradas en América Latina, pues se pensó, y no sin cierta razón, que su llegada obstacularizaría el avance de la teología de la liberación, y por ende de su nú-

cleo fundamental, las comunidades eclesiales de base. Vis a vis, fortalecería los movimientos carismáticos y el Opus Dei, de tendencia claramente conservadora.

Al momento en que Karol Wojtyla es elegido Papa, El Salvador vive una profunda crisis sociopolítica, marcada por un crecimiento rápido y constante de las llamadas organizaciones populares y el aumento de la represión. Hacia diez años, los obispos latinoamericanos se habían

reunido en Medellín, Colombia, para hacer la recepción y aplicación de los documentos del Concilio Vaticano II. El Salvador, un país tradicionalmente católico, pero profundamente dividido a causa de la injusticia social, se vio fuertemente removido cuando los obispos tradujeron a la realidad latinoamericana el sentido del Concilio: La Iglesia debe asumir una opción y esa opción son los pobres.

Justo cuando Karol Wojtyła es elevado a la silla papal, Centroamérica, y en especial Nicaragua y El Salvador, son una verdadera olla de presión. Prácticamente la Iglesia se encuentra dividida a raíz del involucramiento de sacerdotes, monjas y delegados de la palabra, a tal grado que se empezó a hablar abiertamente de la Iglesia de los pobres ("Cercanía del Reino de Dios": Ignacio Ellacuría) en contraposición a la Iglesia del poder.

El ala conservadora de la Iglesia vio en Wojtyła su tabla de salvación y no perdió tiempo para mover sus piezas en el Vaticano y "restaurar el orden". En este reacomodo de piezas fue determinante el Opus Dei, del lado católico, y el conservadurismo norteamericano (Estados Unidos) del lado protestante.

A pesar de ello el nuevo Papa, después que se produjo el asesinato de Monseñor Romero, consideró que la salida más viable para la crisis salvadoreña no era la prolongación del conflicto armado, sino la negociación. Esta fue su posición, la cual quedó claramente establecida a través de los esfuerzos de mediación realizados por Monseñor Arturo Rivera y Damas, hasta que Naciones Unidas retomó este papel.

Lo que el Papa no deseaba era el involucramiento directo de la Iglesia en los asuntos domésticos (política y sociedad), por el temor a la contaminación marxista que, desde su punto de vista, constituía un grave peligro para la fe y la Iglesia. Esto lo volvió muy desconfiado

frente a la Iglesia de los pobres, y presionó fuerte para contenerla en su expansión.

1. Karol Wojtyła viene de Polonia

Wojtyła vivió siendo un niño la brutalidad de la opresión nazi y posteriormente la imposición y dominación del régimen comunista de corte staliniano. Sin duda alguna esta realidad marcó profundamente su espíritu y despertó una aversión abierta a cualquier tipo de totalitarismo o forma de opresión. Algo que le parecía indignante es el carácter ateo del comunismo polaco que, según su opinión, trató de ahogar las creencias y tradiciones cristianas del pueblo.

Siendo Papa, Wojtyła consideró que la hora de Polonia había llegado y no vaciló en apoyar abiertamente al líder del naciente sindicato Solidaridad, Lech Wallesá. Wallesá ha reconocido que sin el espaldarazo del Papa, la caída del régimen del general Stanislaw Jaruzelsky, hubiese sido más difícil.

¿Por qué intervino Wojtyła directamente en los asuntos domésticos de Polonia? Su respuesta fue simple. Polonia no podía continuar bajo este tipo de régimen y había que buscar caminos para extirparlo de una vez por todas. El camino que encontró fue apoyar a Solidaridad y alimentar los ánimos de inconformidad de los obreros polacos.

En efecto, del conjunto de países tras la cortina de hierro, Polonia fue el principio del desmoronamiento del llamado "socialismo real", hasta culminar con la caída del muro de Berlín en 1989 y posteriormente la URSS.

De este modo, Wojtyła contribuyó a la disolución del bloque socialista y favoreció indirectamente a Occidente, sobre todo a las tendencias neoconservadoras

que a finales de los años setentas, en los Estados Unidos, ya constituían una alternativa de poder.

Obviamente esta contribución de Wojtyła fue hábilmente aprovechada por Occidente, hasta el punto que llegó a hablarse en algunos medios periodísticos de una alianza tácita entre el Vaticano y Occidente. Cierto o falso, la verdad es que Wojtyła no se movió en el camino pro-reforma del socialismo propuesta por M. Gorbachov, conocida como Perestroika. Consideró que lo mejor era que el sistema desapareciera, tal como en efecto sucedió. Probablemente, lo más seguro, Wojtyła no midió lo suficientemente las consecuencias de su postura, pues si el socialismo perdía el capitalismo ganaría.

De hecho al caer el muro de Berlín el capitalismo declaró "el fin de la historia", es decir, la omnipotencia de su sistema y la verdad absoluta de la economía de mercado. Al enterrarse la Guerra Fría se pensó que el mundo caminando bajo la sombrilla del capitalismo sería más libre, más rico, y sobre todo, más democrático. Probablemente Wojtyła también pensó así, pero muy pronto se dio cuenta que ante el capitalismo que se encontraba había algo muy grave que pisotea la dignidad humana: multitudes empobrecidas y excluidas de la sociedad y minorías muy ricas; pueblos enteros sucumbiendo ante el hambre en África y América Latina y pueblos llenos hasta el hartazgo y el lujo en Norteamérica y Europa. La conciencia de Wojtyła, que fue impactada desde su niñez no podía ser indiferente, y no lo fue. Pero su mejor arma para responder a esto no fue la teología de la liberación, que siempre le provocó desconfianza, sino la doctrina social de la Iglesia, desde la cual hizo una vehemente condena del capitalismo salvaje.

2. Karol Wojtyła y la Teología de la Liberación

Para comprender la desconfianza de Wojtyła hacia la teología de la liberación hay que volver de nuevo los ojos a su pasado en Polonia y a sus preocupaciones por la moral y la espiritualidad mariana.

Es evidente su rechazo al régimen comunista y a la ideología marxista, la cual tipificó de falsa y contraria a los principios de la doctrina cristiana. Realmente Wojtyła nunca estudió en profundidad los fundamentos del marxismo, pero la "apropiación" que el régimen comunista polaco hizo de esta ideología, le llevó a rechazarla a priori. Hablar de comunismo era igual que hablar de marxismo.

Este prejuicio de Wojtyła es muy importante señalarlo porque de otro modo no se entendería su desconfianza hacia la teología de la liberación, que según su punto de vista, tampoco es verdadera teología.

En opinión de Leonardo Boff, Wojtyła no "comprendió" la teología de la liberación, al considerar que el fundamento de su reflexión era el marxismo y no la miseria de la realidad. Por otra parte, para Wojtyła la teología es una reflexión sobre la fe y los misterios de Dios y no guarda nexo con la miseria de la realidad. Para esto está la doctrina social de la Iglesia. En otras palabras, la miseria de la realidad es un ámbito que no le compete a la teología y por esta razón consideró que la teología de la liberación no es verdadera teología.

Lamentablemente Wojtyła nunca abrió un canal de diálogo con los teólogos de la liberación, lo cual hubiese sido lo deseable. Contrariamente amonestó a muchos de ellos, y en otros casos, se llegó inclusive hasta la suspensión, tal fue la suerte que le tocó al teólogo brasileño Leonardo Boff, que fue llamado varias ve-

ces por la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe a enmendar sus tesis teológicas, pero sin abrir diálogo. Los teólogos del Centro de Reflexión Teológica de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" (UCA), en San Salvador, especialmente sus principales representantes, Jon Sobrino e Ignacio Ellacuría, también fueron llamados al orden, pero igual sin abrir diálogo. Y lo mismo sucedió a Gustavo Gutiérrez, a quien se atribuye la paternidad de la teología de la liberación.

Asimismo, la inconformidad con los sacerdotes que participaban como miembros del gobierno sandinista después del triunfo de la revolución era más que evidente, y quedó claro cuando Wojtyła visitó Managua en marzo de 1983, al "amonestar" en plena plaza pública al Padre Ernesto Cardenal.

Todo esto fue producto de la concepción de Wojtyła de que las revoluciones no conducen a la liberación y que el papel de los sacerdotes, monjas y delegados de la palabra, no consiste en acompañar revoluciones ni entrometerse en los asuntos domésticos del Estado. Para esto están los laicos. A lo sumo que debe llegar la Iglesia es a mediar en los conflictos, pero no más.

En este punto surge un hecho controversial porque habría que preguntarse si la intromisión de Wojtyła en los asuntos domésticos de Polonia fue mediática o directa. Tal como las cosas pueden verse después de transcurridos varios lustros, la ingerencia de Wojtyła fue directa porque reprochaba todo lo que olía a comunismo y marxismo. En este sentido, Wojtyła manejó un doble discurso, por cuanto no tuvo ningún reparo en actuar de manera directa sobre la cuestión polaca, pero sí tuvo todo tipo de reparos para una teología que se comprometía con los oprimidos.

3. Karol Wojtyła y Monseñor Romero

En mayo de 1979, Monseñor Romero viajó a Roma para mostrarle al recién elegido Papa Juan Pablo II un dossier, en el cual podía verse cómo el régimen de Carlos Humberto Romero, en ese entonces presidente, perseguía a la Iglesia por el solo hecho de defender a los débiles. Monseñor, como hombre de Iglesia, esperaba un franco apoyo de Wojtyła pero este sólo se limitó a hacerle una serie de recomendaciones. Puede decirse que lo que hubo fue distancia o precaución, por parte de Wojtyła, pues Monseñor Romero encarnaba pastoralmente la línea de Medellín y mantenía estrechas relaciones con los teólogos de la liberación de la UCA.

La carta de presentación de Romero no era la requerida para ser bien visto por el nuevo Papa, pues su compromiso con los más desvalidos, a pesar de que su compromiso jamás fue político, no fue entendido ni aceptado por éste, a pesar de la conminación que le hizo a seguir luchando por la justicia.

A lo mejor Wojtyła pensó que Romero, como creía que había sucedido con la Iglesia, el evangelio y la fe, había caído en la trampa de la "instrumentalización" de la izquierda, y por esta razón tenía que vérselo con "mucho precaución".

Un obispo que hablaba mucho y que en verdad trató de ser instrumentalizado por la izquierda para sus propios fines, no podía ser bien recibido ni por el Papa ni por ninguno de los cardenales que caminaban en la misma línea de Wojtyła, mucho menos por el Opus Dei.

En El Salvador, la derecha, como suele hacerlo con todo aquel que no comulga con sus ideas, había acusado a Romero de "comunista", acusación gravísima sobre todo en un momento como ese.

Nada más alejado de la verdad, pues Romero fue hombre de Iglesia, es decir, "fiel a la institución y a la tradición eclesial, a sus documentos fundacionales y a sus lineamientos conciliares". Desgraciadamente Wojtyla nada hizo por aclarar la acusación y con su silencio no contribuyó a detener ni el inminente asesinato del obispo ni el baño de sangre que se prolongaría por doce largos años.

En efecto, pocos meses después, el 24 de marzo de 1980, Romero caería abatido por una bala asesina. Este hecho trágico dio la vuelta al mundo, pero aún así el Vaticano guardó silencio. Había que esperar hasta el 6 de marzo de 1983 cuando Wojtyla visitó El Salvador y, en un acto sin precedentes, decide visitar la tumba del obispo mártir para orar sobre su túmulo. No debe, sin embargo, interpretarse este acto como producto de la espontaneidad, pues Wojtyla había comprendido que Romero había sido "auténtico" hombre de Iglesia. A partir de aquí la mirada de Wojtyla fue otra. Según Monseñor Ricardo Urioste, Monseñor Romero cambió al Papa.

De aquí su vehemente llamado a la paz que proclamó en su discurso en San Salvador: "SED ARTESANOS DE LA PAZ", y la apertura del proceso de canonización de Monseñor Romero, una vez que la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe examinó sus escritos y no encontró nada que pudiera volverle sospechoso.

4. Karol Wojtyla y los Estados Unidos

En 1981 el neoconservadurismo se vuelve una realidad política en los Estados Unidos. Ronald Reagan del Partido Republicano llega a la Casa Blanca y se inicia la llamada Era Reagan.

Una de las cuestiones que la Administración Reagan va a revisar en pro-

fundidad son las relaciones con América Latina, en especial el caso de Centroamérica. Preocupaba a esta administración el triunfo de los sandinistas en Nicaragua y el inicio de la lucha armada en El Salvador, la cual se veía como parte del avance del comunismo y de la ingerencia de la URSS y Cuba en el patio trasero de los Estados Unidos.

Desde el punto de vista de la visión neoconservadora lo que sucedía en Centroamérica era producto del conflicto Este-Oeste y no de la situación estructural o interna de cada uno de los países. Esto condujo a que los Estados Unidos iniciara una cruzada de contención en todos los frentes, apoyando, en el caso de Nicaragua, a los llamados "contras", y en el caso de El Salvador, a las fuerzas armadas gubernamentales.

Es claro entonces que el programa conservador no sólo trató de recuperar el terreno perdido en Centroamérica, sino también de establecer un "cordón sanitario" para su propia seguridad.

Desde el punto de vista ideológico, esta administración examinó detalladamente la teología de la liberación y las comunidades eclesiales de base, y determinó que constituían un peligro para su seguridad. El rechazo de Wojtyla a esta teología por las razones ya planteadas anteriormente, cayó como anillo al dedo a Reagan, pues esta posición, más el decidido "anticomunismo" de Wojtyla, le allanaba el camino para combatirla más eficazmente.

En efecto, en 1981 se fundó en Washington el Instituto para la Religión y la Democracia y se nombró como director a Michael Novack, un connotado teólogo neoconservador, para que diseñara la política religiosa para América Latina (véase al respecto el Documento de Santa Fe I). Producto de esto es la contraposición entre teología del capitalismo democrático y teología de la liberación.

La Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe no examinó esta teología neoconservadora por considerarla protestante, pero es más que evidente su naturaleza fundamentalmente política e instrumental.

Si Wojtyła hubiera sido plenamente consecuente, también hubiera condenado la teología del capitalismo democrático así como lo hizo con la teología de la liberación. Los efectos de no haber hecho nada han sido catastróficos para la iglesia católica latinoamericana, pues de cada diez cristianos, tres o cuatro son protestantes.

Lo más grave es que el Instituto para la Religión determinó que la manera más efectiva de combatir la teología de la liberación y las comunidades eclesiales de base, era a través de los "fundamentalismos".

En cuestión de meses América Latina fue invadida por una abigarrada variedad de sectas evangélicas "fundamentalistas", con el propósito de provocar una parálisis mental. Por supuesto esto tuvo efectos inmediatos con consecuencias de largo plazo que pueden palparse hasta nuestros días.

Paradójicamente el Vaticano prefirió perder fieles y que se enterrara a la teología de la liberación en vez de abrir el diálogo. El acendrado anticomunismo de Wojtyła no le permitió ver que los Estados Unidos eran capaces de todo con tal de recuperar la hegemonía en la región.

Por otra parte, también hubo distancias y habría que hacer una diferencia crucial entre Wojtyła y los presidentes neoconservadores de los Estados Unidos (Reagan, Bush padre y Bush hijo). Wojtyła nunca abanderó los conflictos armados como lo han hecho y lo continúan haciendo hasta hoy los presidentes neoconservadores, para quienes el uso de la fuerza militar se justifica para salva-

guardar la seguridad de los "principios democráticos" o la civilización cristiano occidental.

Cuando Reagan impulsó la contraofensiva militar en El Salvador, Wojtyła recomendó la negociación. Cuando Bush hijo reinició la intervención en Irak, Wojtyła la deslegitimó. Para ser equánimes hay que reconocer la vocación de paz de Wojtyła.

También es importante señalar la crítica punzante de Wojtyła al materialismo y el consumismo del capitalismo, que llegó a calificar de "salvaje". Le parecía escandaloso el estilo de vida fomentado por los países ricos, especialmente los Estados Unidos, cuyo dinero y relativismo moral le han sumido en el más rampante de los materialismos.

Wojtyła no aprobó esto y siguiendo la tradición de la doctrina social de la Iglesia, lo tipificó como un gran mal para la humanidad y contrario a los principios cristianos. Con el presidente Bill Clinton chocó por cuestiones morales y con George W. Bush por su opción "guerrillista".

5. Conclusión

Por la peculiaridad de América Latina, de su gente mayoritariamente católica y pobre, el continente siempre acaparó la atención de Wojtyła. Una de sus preocupaciones giró en torno a los movimientos de liberación que propugnaban por el cambio social y la participación de un sector de la Iglesia en estos movimientos.

Esta participación nunca fue bien vista por Wojtyła, de donde derivó su choque con los teólogos de la liberación y conminación a no hacer del evangelio un "evangelio terrestre".

Es muy conocida y clásica su condena a esta teología. En opinión de Gustavo

Gutiérrez el efecto propagandístico de esta condena ha sido sumamente dañina para la teología de la liberación, pues en diversos medios se la juzga "a priori", sin haber leído y reflexionado sobre sus fundamentos. De aquí que es muy usual que el tipo de preguntas que los periodistas tienden a formular a los teólogos de la liberación conlleven casi siempre una buena dosis de carga política.

En el caso de Monseñor Romero, la valoración que Wojtyła hizo de su pastoral y espiritualidad fue "a posteriori", sólo cuando el obispo traspasó las fronteras de El Salvador al dar testimonio de su palabra (el martirio). Después de este hecho trágico la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe inició el examen de sus escritos sin encontrar nada de lo que a Romero se le acusó en vida.

Wojtyła hizo un reconocimiento y un mea culpa de la labor del obispo mártir visitando su tumba. Esto contribuyó a que la Iglesia salvadoreña abogara desde los inicios del conflicto armado por la negociación y no por su prolongación.

En cuanto a su condena del capitalismo global, Wojtyła hizo un uso eficaz de la tradición de la doctrina social de la Iglesia, en la cual se fundamentó para rechazar un sistema que coloca en primer término el mercado y el consumo y no la dignidad de la persona humana. Esto lo

dejó claro en sus encíclicas sociales y sus múltiples discursos pronunciados en diversas partes del mundo. El centro de la verdadera humanidad no lo constituye ningún sistema sino la persona, que es el camino de la Iglesia. Es loable reconocer este aporte de Wojtyła en un momento en que lo único que se valora es el materialismo del dinero y de la suntuosidad.

En cuestiones morales, eclesiásticas y doctrinales su posición fue inflexible (aborto, métodos anticonceptivos artificiales, sacerdocio de las mujeres, administración de la comunión a los divorciados, otros). Estos grandes temas quedaron fuera de discusión en su agenda y su respuesta fue un rotundo "NO". Quedó así de manifiesto su verticalismo y su centralismo eclesiástico y doctrinal. Habrá que esperar para que la Iglesia comprenda la urgencia de abordar estos y otros temas que están presentes en todo el mundo.

Su último acto de trascendencia fue la oposición abierta a la intervención de los Estados Unidos a Irak, por considerar que lo que había en el fondo era expansionismo y ansias de poder, lo cual no puede ni debe ser justificado por ningún motivo. Esta postura de Wojtyła fue valiente, pues la primera potencia hegemónica del mundo, los Estados Unidos, no acostumbra a que le digan no.

Referencias básicas consultadas:

Libros

- CODINA, Víctor: ¿Qué es la Teología de la Liberación? Centro Pastoral de la UCA, San Salvador, 1980.
- GUTIÉRREZ, Gustavo: Teología de la Liberación. Perspectivas. Ediciones Sígueme. Salamanca, España, 1990.
- HINKELAMMERT, Franz J. : Democracia y Totalitarismo. Departamento Ecu­ménico de Investigaciones (DEI). San José, Costa Rica. 1990.
- LÓPEZ VIGIL, María: Monseñor Romero. Piezas para un Retrato. UCA Editores. San Salvador, 2001.
- MARDONES, José María: Capitalismo y Religión. La Religión Política Neoconservadora. Sal Terrae. Santander, España. 1991.
- VIDALES, Raúl: Teología e Imperio. Departamento Ecu­ménico de Investiga­ciones (DEI). San José, Costa Rica. 1991.

Documentos

- Documentos Completos del Vaticano II. Editorial Mensajero. Bilbao, España. 1974.
- Documentos de Medellín y el Proceso de Cambio en América Latina. UCA Editores, San Salvador, 1977.
- Documentos de Puebla. La Evangelización en el presente y en el futuro de América Latina. UCA Editores, San Salvador. 1979.
- Documento de Santa Fe I. Centro de Información y Documentación de la UCA. San Salvador. s/f

Instrucciones

- Instrucción sobre Algunos Aspectos de la "Teología de la Liberación". Sa­grada Congregación de la Doctrina de la Fe. Ediciones Paulinas. Bogotá, Co­lombia. 1984.

- Instrucciones sobre "Libertad Cristiana y Liberación", Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe. Ediciones Paulinas. Bogotá, Colombia, 1984.

Boletines

- Boletín Semanal Proceso No 1137, marzo 16, 2005. Centro de Información y Documentación de la UCA. San Salvador.
- Boletín Semanal Proceso No 1139, abril 06 de 2005. Centro de Información y Documentación de la UCA. San Salvador.

Encíclicas

- Carta Encíclica Laborem Exercens del Sumo Pontífice Juan Pablo II. Librería Parroquial de Clavería. México, D.F. 1981.
- Carta Encíclica Sollicitudo Rei Socialis del Sumo Pontífice Juan Pablo II. Ediciones Paulinas. Caracas, Venezuela. 1988.
- Carta Encíclica Centesimus Annus del Sumo Pontífice Juan Pablo II. Librería Editrice Vaticana. Ciudad del Vaticano. 1991.

Periódicos y Suplementos

- La Prensa Gráfica. Suplemento Enfoques. El Legado de Juan Pablo II y Entrevista con Gustavo Gutiérrez, teólogo de la liberación. Domingo 10 de abril de 2005. San Salvador.
- La Prensa Gráfica. Suplemento Enfoques. Los Retos de Benedicto XVI y la Iglesia necesita de Cuatro Papas. Domingo 24 de abril de 2005. San Salvador.
- Co-Latino. Augusto Zamora: Con el Imperio, contra la Iglesia de los Pobres. Miércoles 20 de abril de 2005. San Salvador.